

ante todo, el intento de conectar su ideología con las apetencias de la burguesía. Aunque el mismo autor afirma —un tanto ingenuamente por cierto— que su militancia política nada tiene que ver con su teatro, lo cierto es que nadie es capaz de pensar por un lado y crear por otro; la praxis ideológica es sustantiva en los criterios artísticos.

Compendiar el contenido de "El extraño mundo de Nacho Larrañaga" apenas requiere labor de síntesis. Larrañaga es un ente —que no un hombre— fruto de una imaginación que pretende anteponer los valores morales —católicos— a los puramente materiales. Ser marginado, por tanto, onírico, desvinculado de la realidad, sumido en fantasmas que tapan la verdad de un mundo que le resulta insoportable. La bondad parece ser la base de esta postura que la sociedad termina lógicamente destruyendo. Pero ni esta supuesta verdad ni el contexto familiar y social que le rodean pasan de ser meros espejismos leños, muy leños, de la realidad. Porque Larrañaga no es un rebelde ni los personajes que le rodean son sus verdugos. Es decir, a fuer de no profundizar, el autor se limita a reseñar su ideal humano sin criticar las causas sociales que no lo hacen posible. No se quiere ofender a la institución familiar, a los tecnócratas, a una burguesía corrompida e hipócrita. Luca de Tena, enmarcado en el convencionalismo, se limita a palmotear las espaldas de los espectadores, invitándoles paternalmente a limar "ciertas cosillas" de forma. Lo establecido, pues, es lo justo y hay que revisarlo para que no sea deteriorado o destruido por su propia dinámica.

La mayor de las sorpresas —la única en realidad— viene a partir del montaje. Guillermo Gentile (cuya ideología política quedó bien patente en su primera aparición en nuestros escenarios) encarna el personaje de Nacho Larrañaga y al tiempo se encarga de la dirección escénica. Esta forzadísima comunión de un autor de la derecha con un actor-director de la izquierda (y esta concesión de Gentile no puede disculparse por mucha que sea la penuria en la profesión) ofrece unos resultados abstractos que reflejan la lucha interna por ocultar y suavizar el fondo real del texto. El sentido religioso (apurado hasta el punto de que Larrañaga "escucha voces cele-

tiales" y es seguido por su "ángel guardián"), la supuesta poesía que destilan unos personajes pertenecientes a la alta burguesía (Gentile debe saber muy bien el sentido poético de un alto ejecutivo, por ejemplo), no pueden ser escamoteados por una puesta en escena con aires progresistas, efectos mágicos ni con una dirección de actores correcta.

La doble contradicción (Centro de la Villa de Madrid al servicio de un teatro inservible, autor de la derecha en manos de un director de ideología diametralmente contraria) no puede provocar, en definitiva, más que un total desajuste e incoherencia. ■ MIGUEL A. MEDINA.

ARTE

Carmina Maceñ, la directora de la galería Skira (1), nos sorprende algunas veces con alguna producción extrañamente poética a través de la cual trata de introducirnos en la obra de sus pupilos. Yo lo entiendo mejor cuando voy a su galería y me ofrece una copa de vino. En el catálogo de Jesús Carles de Vilallonga —catalán, como su nombre indica—, Carmina escribe, con una literatura profetista que yo no acabo de descifrarle, pero cuya literatura —la música— me suena bien, lo cual ya es importante, creo, poéticamente. Y, además, si a Carmina no la acabo de descifrar bien, para eso está otra introducción, la de Danielillo Giral Miracle, que ése habla un idioma como el mío, el de los críticos que se entienden —pues ya sabéis el reproche que se nos hace corrientemente a los que ejercemos esa pobre profesión—. Por él —por Danielillo Giral— sé que Vilallonga es un catalán del 27, que vive desde hace años entre Montreal y Cadaqués y que su actividad discurre entre Canadá, los Estados Unidos y, en general, América. Ahora, tras exponer en el Dau al Set barcelonés, lo tenemos ahí, en la galería de Carmina.

(1) Madrid.

Jesús Carles de Vilallonga

Vilallonga es un pintor con argumento. Quiero decir que no es un artista que se dejó sugestionar por aquella razón —"aquella razón" o aquella argumentación— que tanto circuló en los tiempos previos al surrealismo y que siguió circulando después entre los que no aceptaron la revolución surrealista, según la cual el problema del arte tenía que solucionarse, como quería Maurice Danis, entre formas y colores "organizados según un cierto orden". En muchos aspectos, el surrealismo fue una reacción —y aun un mentís— a esa idea. Reacción y mentís que ya están incrustados en todo el arte contemporáneo, aunque no sea surrealista. Por ejemplo, está en Vilallonga, que tampoco es un surrealista, aunque ni esté ni

pueda estar frente a ese movimiento.

No, no es un surrealista, y cuando yo digo esto no me apoyo más que en una cuestión estilística. Pero la argumentación más o menos misteriosa está presente en él. Y está presente, incluso, prestándole a ese argumento más o menos misterioso todo el énfasis posible frente a lo que podría ser el argumento adverso: al de las "formas y colores organizados según un orden", y nada más. Es más, yo creo que en el caso de Vilallonga podría cobrar nueva vida aquel argumento —viejo, como de la época renacentista, a cuya edad pertenece— suscitado por Miguel Angel cuando le preguntaron su opinión sobre los pintores flamencos que entonces estaban deslumbrando a los ricos italianos, a cuyas ciudades estaban llegando sus obras. Y dicen que Miguel Angel dijo que sí, que estaban muy bien, pero que eran cuadros que no estaban concebidos en una unidad de obra y forma —una virgen, una batalla, un desnudo—, sino en una miríada de pequeños mundos... Y era verdad, pero eso no podía tomarse como un defecto, sino como una diferencia de cultura pictórica, cuyas razones también son válidas.

Pues para el onirismo misterioso de Vilallonga habría que rescatar el derecho estético previo a los flamencos para concebir a cada obra, más que como una unidad cerrada, como un conjunto de obras y de mundos que se expresan. Y en el caso concreto de Vilallonga, no se trataría tanto de un ramillete de mundos diferentes cuanto de un gran conjunto desde el que se hace visible una multitud de pequeñas escenas, cada una de las cuales es al conjunto como la parte desprendida de un solo cuerpo...

Tras lo que vengo diciendo de Vilallonga, cabría esperar de él esa cierta adscripción a las lineaciones curvas que parecen ser patrimonio de los pintores que son más dados a la "ilustración". Y no. No es que Vilallonga sea un geometrista ligado indefectiblemente a las lineaciones rectas, no. Es que la recta queda detrás de todo su ideario, como si fuese la razón última en la cual se apoya toda su figuración. Porque eso, la figuración, sí que constituye su última y definitiva palabra. Vilallonga es, casi enfáticamente, un pintor figurativo. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Pintura de Vilallonga.

